

EL AMIGO DEL CINEASTA

Thomasin Tydale*

Artículo recibido: 02-11-2016

Aprobado: 14-02-2017

*A mis queridos cinéfilos, Alger Landau y Andrés Baldíos.
Alger, tu misterio desconcierta, reconforta e inspira.
Andrés, tu vitalidad contagia, gracias por traducirme a tu bello español.*

Asistía a mi primera clase particular de matemáticas (materia en la cual nunca fui bueno ni en la ficción). Ya llevaba tiempo reprobando la asignatura y mis padres no hallaron más remedio que el condicionar mis juegos con el objetivo de concentrarme lo mayor y mejor posible en la materia. Yo tenía once años, e ingenuo, creía que los niños sólo teníamos la ocupación de jugar y nada más que jugar. El cuento de la infancia es siempre una mundana distorsión, al parecer nada más que un cuento de oídas.

Eran las 10 de la mañana de un sábado que prometía eternidad. El lugar al que debía asistir era una casa de marcado minimalismo: un estilo frío, una casa que ocupaba una gran porción terrenal en la profundidad de un fraccionamiento acaudalado. El terreno de la casa era amplio y despejado, del cielo no caía nada más que la gravedad azul vaciada de nubes; ni siquiera a los pajarillos les estaba permitido sobrevolar una zona tan exclusiva, o al menos así daba a entender lo ostentoso de aquel lugar.

Aquel niño que era yo, en realidad (como pocas verdades), no era ninguna excepción, no era ninguna inquietud superdotada, no era el genio de la historia de quienes le rodeaban, ni tampoco era el héroe de su propia historia. Aquel niño de mí era sólo un niño, con la literaria ingenuidad que los caracteriza. En mí no había un gran personaje, ningún estimable Pip o un envidiable David Copperfield, o algún prefabricado y pedante Holden Caulfield, ni siquiera era lo suficientemente complejo para una novela de Donna Tarrt. Pero es de suma relevancia señalar que nosotros los comunes y corrientes también padecemos los mismos garrochazos que los héroes; quizás peor que ellos, sabiendo que en realidad lo más especial en nosotros es el simple hecho de haber nacido para vivir.

*Escritora que nació en Penrith, Gran Bretaña en 1993, emigró a México recién cumplidos los 18, ha colaborado en la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, México (FIL), y en la Feria Nacional del Libro de León, Gto., México (FeNaL).

Tampoco podría considerárseme estúpido ni mucho menos, o como alguno que otro adulto gusta de llamarnos: «hiperactivo», con dificultades de concentración. Tal vez la sencillez nunca fue muy bien vista por la razón que fuera. A pesar de esto, sí debía sobrellevar de alguna forma este percance de la «dificultad» para «concentrarme». Pero a veces, simplemente, a uno no se le dan ciertas cosas.

Las matemáticas en todo su grande haber, siempre han resultado unas fieras persecutoras del distraído. Mi madre veía esto como la peor deficiencia habida y por haber, algo a tratarse con sumo cuidado y obligación. Pero la severidad de los minimalismos acaudalados no ayudaba en absoluto. Aquella casa era amplia y aburrida, todos sus detalles despejados, planos y de una elegancia que jamás comprenderé. Aún más tediosa era la profesora que vivía ahí: una flacucha cuya voz recordaba a los conferencistas repetitivos que, aunque conscientes de su sapiencia, siempre son lo contrario al momento de hablar, no sólo arrullando a su espectador, sino aplacándole los buenos ánimos. Pero aunque la profesora era un somnífero, le sobraba maestría en cuestiones numéricas. Paciente a fin de cuentas, no era ninguna gruñona, pero su clase duraba dos horas que se triplicaban en medida de niño: medio siglo nada más.

La clase resultó ser todo lo tediosa que esperaba, exactamente la sensación que muchos niños esperan tener en un sábado prestado para otras cosas, días sagrados reservados para los juegos que no se te permiten entre semana, los juegos que no puedes hacer por trabajo (porque es verdad que los niños siempre hemos ejercido un empleo a la fuerza, el empleo de la maduración; es como pagar impuestos con el entusiasmo de la juventud).

Mi madre me recogió a la 1 de la tarde, una hora de retraso que reproché, naturalmente. Pero dadas las consecuencias de aquella demora, y años más tarde, ahora puedo agradecerlo con nostalgia.

En toda esa hora desperdiciada, la profesora me dejó mirar la televisión. Pasaban uno de esos especiales «detrás de cámaras». Siempre me parecieron maravillosos, en muchos casos era más entretenido ver la filmación de la película que la propia película. Para mí era extraordinario mirar cómo un montón de personas sacudían sus manos a manera de orden y organización, indicando dónde y cómo colocar las cámaras y luces, cómo definirían la tonalidad de una toma; los morteros narrativos de una escena, todos jugando a la creación de las circunstancias¹.

Aquí estaba la tripulación, decidiendo qué toma era la adecuada para contar la historia. Hacían todo lo que los libros sobre cine, ya fuese en tecnicismos o en filosofías: intentaban explicar y detallar todo con estruendoso detalle. Todo estaba en aquella acción. Una escena con las tomas correctas podía definir toda una película, todo dependía del todo, del pormenor de los elementos clave para crear un momento de vida. Gente yendo y viniendo por el plató, tomando posiciones para construir un segundo, un instante de la otra vida, la vida de las películas, todos entregándose al momento, ofreciendo su silencio y griterío a las circunstancias. Podrían ser sólo las órdenes del director, pero algo mucho más inmenso que el mandato de una mano visionaria imperaba sobre la disposición de los tripulantes: se trataba de la omnipresente creencia en la historia; ninguna fe era más poderosa que aquella entregada al porvenir de una historia que está por contarse. En el cine no se pretenden

¹ Te debo esta descripción, Alger.

fabricar réplicas que sólo agranden la banalidad de los géneros, se busca manifestar todo lo que significa ser humano. En el cine se busca la vida, se recrea el «hubiera» y el «mañana», se confirma el presente, se representa todo cuanto nos conforma y exalta. A través del cine resucitamos e inmortalizamos nuestra vulnerabilidad, nuestra vida ante la muerte---¡Vaya, llega mi madre!

Salgo de la casa con premura. Una vez en el auto, mi madre agradece a la profesora y luego me da la orden de agradecerle, como si fuese lo suficientemente irrespetuoso como para ignorar a quien brindó horas de su tiempo y su día en confirmarme el hecho de que las matemáticas no congenian con la obligación de aprenderlas.

El auto ronronea mientras mi madre planifica con la profesora la próxima sesión y mis piernas vibran de ansiedad. Finalmente nos vamos alejando de una mañana desperdiciada de un sábado considerablemente amplio. Mi madre, en tono de orgullo maternal, me pregunta si entendí algo de la sesión, si al menos aclaré alguno que otro concepto de tal o cual fórmula o ejercicio. Por supuesto que le miento, aunque no tendrá caso una vez que vea mis notas y sepa que realmente no habrá ninguna diferencia. A una madre no puede rebatírsele nada, después de todo se está encargando de nuestra formación y vela por nuestra felicidad, arriesgándola por una mejor educación. Esta labor la vuelve una especie de tótem inamovible, incuestionable, por tanto mi resignación es el modo de vida en el cual ejerzo mi diversión.

Vuelvo la mirada a las calles que se ladean lentamente conforme el auto avanza. El «dolly» natural de los autos.

Todas son casas parecidas, pero no lucen nada mal. Yacientes en su terreno de jardines brillantados, las casas laten de colores sobrios, pero lucen lo suficientemente particulares como para no albergar estereotipos sonrientes. Noto cada detalle de las casas y les imagino historias. Cada una dura medio segundo y con eso me basta y me sobra para inventarle cosas. Historias que mi madre temería aún más por mí si se enterara de ellas, no porque sean terribles, sino porque yo las inventé. Me han dicho que soy detallista, me lo han dicho por ahí. De seguro hará películas o escribirá libros, dicen por ahí. De seguro nos ofrecerá una excelente historia. Me lo han dicho antes. Lo mío es el cine. Tengo pocos años de vida pero lo mío es el cine, en definitiva. Me imagino haciendo películas por siempre, contando una historia tras otra, mostrando a las personas lo que nosotros humanos, maraña de estragos y desajustes, somos capaces de vivir. Veo cuanta película se me pone enfrente, cuanta historia transcurra en la voltereta de mis ojos. Aun las que mi madre me tiene prohibidas, las veo todas, a escondidas, por partes y de principio a fin, todo, lo que venga, con ojos del feliz espectador, la crítica es para la casa. Veo las películas porque el alma me lo pide, porque me interesa mi especie, porque quiero conocer todas las facetas posibles por las que uno puede vivir, sentir, pensar, morir.

Aun así no tengo madera para las matemáticas. No tengo madera para los números y sus alborotos. Ya lo aprenderé, por ahora no tengo prisa. Pero dado que el resto del mundo sí la tiene, pues...

Mi madre me dice que no me acerque tanto al cristal de la ventana; la calle está empedrada y podría golpearme en cualquier momento. Ya bastante malhumorado, hago caso y me alejo un poco.

De pronto noto con sorpresa que hay una especie de tumulto a las afueras de una casa. Mi curiosidad se encendió inmediatamente. Mi madre tampoco pudo evitar su morbo y decidió detenerse un momento, sólo para cerciorarse de que la tragedia no fuese muy mala. El morbo nace de los padres y ellos nos lo enseñan, lo que tenemos los niños es simple, sencilla y honesta curiosidad. Qué alivio cuando supe que no se trataba de ningún crimen.

Aquello no era un tumulto. Desde luego que era una multitud, pero ciertos materiales típicos en una filmación comenzaron a pasarme con vibrante entusiasmo. Mi madre creyó por unos segundos que se trataba de reporteros fotografiando el crimen. Comenzó a ponerse nerviosa. Reconozco que le creí por un momento, pero mi corazonada fue mayor e inequívoca.

¡Era un set de filmación! Una grúa levantó la gran cámara donde también se hallaba el «director de fotografía» (adoraba mencionar las áreas de las filmaciones, las transcribía en mi cabeza con el orgullo de quien conoce todo episodio de su serie favorita). De pronto me hallé en mi lugar preferido del mundo. El asombro de los alrededores era, en efecto, bastante notable. Los paseantes y colonos se asomaban desde los umbrales y ventanas. Le dije a mi madre, con la emoción del niño que descubre que puede vivir para siempre, que estaban filmando una película. Quedó aliviada y luego encantada. Era inusual encontrarse con una filmación en una ciudad en la que no tendrían por qué filmarse nada, un milagro entre un millón.

Estuvimos un tiempo detenidos, mirando atentamente el espectáculo que apremiaba el mayor de mis ensueños. No había mucha acción, parecían estar en algún receso. No veía al director; o al menos no veía la típica silla desplegable con el título resaltado en blanco, usando la tipografía oficial de la película. Por mucho que mi mirada zigzagueara por la multitud, como en una técnica de espionaje, no encontraba la figura que merecía el título de director. O tal vez el director se perdía entre el enorme trabajo en equipo que requería una película. Y así, como en un tonto juego de palabras, si mi visión no localizaba al visionario, y mi tentativa no era más que una pesquisa inútil, era porque el director ya estaba ahí, pero era tal el trabajo que se perdía en él. Podría ser también que aún no llegara, o quizás ya se había ido, y se hallaban todos en preparación para guardar el equipo. Como sea, el auto comenzó a moverse. «¡Muy bonito!», dijo mi madre con el tono de quien ha terminado de mirar una pieza de museo antes de ahuecar el ala. «Ya la veremos en el cine», y comenzamos a alejarnos. «¡Mamá! ¡No! ¡Por favor! ¡Espera!», exclamé con un ansia casi agónica. «¿Podemos acercarnos? ¡Por favor!». «No, no, hijo. No queremos interrumpir la filmación, además ni se alcanza a ver nada». «¿Pero cómo vamos a interrumpir? ¡Anda! ¡Por favor!». «Quizás ya se están yendo, mejor vemos la película ya que esté en cartelera». «¡Pero por favor! ¡Mamá! ¡Quiero ver lo que está pasando!». «No, no, hijo, todavía tengo que hacer la comida». «¡Mamá, no! ¡Necesito saber quién es el director!». «Hijo, te aseguro que no tendrás oportunidad de verlo. Los directores siempre están ocupados. Ya verás el detrás de cámaras como a ti te gusta». «¡Aquí está, mamá! ¡Tengo enfrente el detrás de cámaras! ¡Por favor! ¡Te lo ruego! ¡Déjame acercarme un poco!». «¿Te ha ido bien este ciclo escolar en matemáticas? No. ¿Cómo esperas que te haga un favor si no te haces el favor de responsabilizarte antes?». Entonces me quebré de un tirón, en un drama que sólo podía decir un adulto en la peor de las decepciones posibles: «¿Cómo puedes decirme eso?». Mis ojos se humedecieron y mi boca se entreabrió de tristeza infinita, como si todo lo hermoso de la vida decayera por un trámite estúpido. «Acomódate bien el cinturón y aléjate del cristal que te vas a

golpear», dijo mi madre, la madre de todos los tiempos; que alguien le dé el Oscar por su papel de madre en lugar de Louise Fletcher por el nido del Cucú.

La decepción aflojó mi cuerpo y me resigné al asiento. El auto avanzó, alejándose del plató, y así, alejándome del primer acercamiento real a mi ensueño.

Justo cuando estaba por ajustarme el cinturón un poco más, topamos con un percance: habían cerrado la entrada del fraccionamiento para que nadie pudiese entrar ni salir hasta que se terminara la filmación. Uno de los guardias explicó a mi madre que debíamos retornar y salir por una carretera pedregosa que nos hacía rodear un poco más antes de llegar a la ciudad. Mi madre dio vuelta de mala gana y tomamos una glorieta que nos regresaba al plató de filmación. «Bueno, tendrás oportunidad de mirar una vez más», me dijo Mama Fletcher, «pero tendré que cruzar de prisa, tengo que llegar a casa a hacer la comida». No me importaba nada más en el mundo que poder deslizar la mirada una vez más en aquella producción.

Nos estábamos acercando y veía con total encantamiento las cámaras que relucían el poderío de encapsular la historia de la humanidad. Altivas, pulcras, oscuras, ataviadas de cables, complementadas con reflectores y sombrillas, las cámaras yacían en la quietud expectante de los próximos movimientos y ajustes. La tripulación iba y venía al tiempo que los actores ensayaban sus líneas y acciones. Los veía jugar con las manos, mover los dedos a modo de tarántula como suelen hacer los artistas cuando dan explicaciones. Contemplaba un mundo del cual me comenzaban a apartar con exasperante prontitud. A pesar de que mi madre conducía a menos de 40 km., sentía que el espectáculo se borroneaba con el efecto cinematográfico de la velocidad. Mi entusiasmo menguaba conforme el auto avanzaba, y los últimos mirones de la multitud comenzaban a llegar para intentar echar el vistazo que yo no podía dar. Fue entonces cuando acabó la hilera de personas y mi agigantada mirada topó con la simetría de una calle empinada. Una figura oscura bajaba tranquilamente por esa calle.

No era la muerte, no era un fantasma a pleno día, no era (mucho menos) un extraño; no para mí. Era un hombre vestido de jeans negros, suéter negro, zapatos negros, y un cabello castaño donde ya proliferaban algunas canas. Pero la figura denotaba una juventud radiante en ideas y esfuerzos, de dicha y concentración, de una felicidad que me resultaba familiar. Tenía la sonrisa de quien se halla en la plenitud de estar cumpliendo un sueño. No era un extraño, aquel sujeto me era del todo familiar.

Era uno de mis directores preferidos, uno de mis cineastas más queridos, era el responsable de muchas de mis historias favoritas. Tenía la cabeza gacha y la mirada fija, concentrado en bajar la calle empinada, y quizás en la realización de alguna próxima escena, escuchándose a sí mismo, planificando lo que habría de venir en la película. Sonriente y pensativo, de sus mejillas se sumían pequeños hoyuelos que denotaban alegría, esa felicidad que pocos tienen el placer no solamente de vivir, sino de aplicar su estado catártico con la fuerza del trabajo. Era él. Uno de mis héroes. Mi héroe de aquel momento. Lo tenía caminando frente a mí, en el momento preciso para una súplica final.

«¡Mamá, es él! ¡El director! ¡Lo conozco! ¡Es él! ¡Ahí está! ¡Déjame saludarlo, por favor! ¡Quiero que me firme mi libro de matemáticas! ¡Por favor!». «¿Cómo tu libro de matemáticas? Así menos

vas a concentrarte, hijo. Ya no insistas que no podemos detenernos. Quizás ya van a empezar a filmar y no podemos interrumpirlo».

Así fue como el mundo se alejó de mí. Mi llanto se contuvo con tanta fuerza que no lagrimé siquiera, solamente quedé estancado en la resignación de haber nacido para los impedimentos, para ser niño que ejerce la tarea de prestar atención a quienes saben lo que es mejor para todo en la vida.

La figura del director fue consumida por la calle y las casas que dejábamos atrás hasta salir por la carretera empedrada. En casa me aguardaban los juegos que no volvería a jugar jamás.

Ya de madrugada, me encontré dormitando en mi alcoba, despertando antes del amanecer. El brillo del día era difuminado por el smog. Parecía como si toda maravilla del mundo me era impedida con sumo descaro, incluso una niebla corriente en un simple amanecer. «De cualquier manera, algún día voy a hacer películas», secreteaba a mi propia soledad. «Mis amigos siempre me pidan que dirija los juegos. Les gusta cuando elijo bandos, cuando me toca ser el villano, cuando hago que los recién llegados a jugar se unan al drama de forma espectacular. ¡Debo tener algo de bueno! Algún día contaré mis propias historias, así como algún día deberé pasar las matemáticas. Algún día haré los cuentos que quiera».

«¿Eso pensabas de niño?», me preguntó con una sonrisa.

«¡Sí, caray! De pronto todo parece tan lejano», le dije.

«¡Quién iba pensar que te tocó estar ahí, justo ese día!», me dijo.

«¡Sí, caray! ¿Cuántas tomas hiciste ese día? ¿No te excediste como cuenta tu leyenda?», le pregunté. Él rio.

«Sí, sí. Mi maldita leyenda. Nunca falta, ¿no es así? Creo que nos quedamos ahí hasta el anochecer. Seguramente hice muchas tomas, conociéndome, más aun siendo tan joven. Y sólo era una toma de transición. Pero a Ben no le importaba repetir. Ya ves que él también hace películas.»

Ambos reímos al unísono y chocamos cervezas. Dimos el trago y exhalamos silenciosamente con la cadencia de la satisfacción.

«Tu producción empieza ya la siguiente semana, ¿no es así, mano?», me preguntó.

«¡Próxima semana, sí, así es, mano!», exclamé con suma relajación, como tratando de digerir una hermosa verdad. «¿Tú? ¿Qué dices? ¿Cuándo completarás esa trilogía de Stieg Larsson? Nos tienes en expectativa desde hace años».

«Ya sabes que no depende de mí. La mayor parte del tiempo nuestras historias no dependen de nosotros. Se rigen por el temor a que el estudio pierda unos cuantos millones. Pero también está nuestra insistencia, mano. Todo sea por historias», me dijo.

«Vivir contra el impedimento, todas las de ganar y perder», dije. Él rio.

«Ya no eres el niño que me vio bajar por esa calle hace años, y yo tampoco soy ese sujeto bajando, pensando en sabe qué. Ahora caminamos el mismo rumbo: el privilegio de contar. Ya sabes, la vida misma», me dijo.

«La vida misma», repetí.

Los cineastas, como buenos amigos que son, continúan conversando hasta altas horas de la madrugada, moviendo los dedos a modo de tarántula como suelen hacer los artistas cuando dan explicaciones.

Pantalla negra. Créditos finales.

(Traducción del inglés por Andrés Baldíos).

Thomasin Tydale nació en Penrith, Gran Bretaña en 1993, donde vivió hasta sus 12 años para luego mudarse a Londres con sus padres. Emigró a México recién cumplidos los 18, con la perfecta excusa del típico viaje de juventud para encuentros y reencuentros, aunque ella misma aclara que requería de ambientes más cálidos a la frialdad londinense; una huida de la atmósfera europea que le ayudaría a expandir sus conocimientos literarios. Rondó por Monterrey, Distrito Federal y Guadalajara a lo largo de cinco años, donde trabajó de camarera, jardinera, y voluntaria en el área organizacional de la Feria Internacional del Libro de Guadalajara (FIL), México y en la Feria Nacional del Libro de León, Gto., México (FeNaL). Recién se ha instalado en León, Guanajuato. Entre sus grandes inspiraciones le fascina hablar, además de la literatura rusa en general, de Donna Tartt, Ricardo Chávez Castañeda, Etgar Keret, Helen Oyeyemi, Rudyard Kipling, Guadalupe Nettel, Dino Buzatti, Marilyn Robinson, Douglas Adams («nunca olvido mi toalla», dice), A. M. Homes, Bernardo Esquinca, Amy Hempel, Robertson Davies, entre otros.